





ELISABET MINGO

MÁS VENTANAS QUE CONTAR



Título: Más ventanas que contar

Primera edición: febrero, 2025

© 2025, del texto Elisabet Mingo.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 979-13-87720-01-8

*A mi abuela Teresa, por enseñarme la
importancia del sentido del humor.*

A los que se fueron solos.



ÍNDICE

PRIMERA PARTE	9
1	11
2	15
3	19
4	23
5	27
6	31
7	35
8	39
9	43
10	47
11	51
12	55
13	59
14	61
SEGUNDA PARTE	65
15	67
16	71
17	75
18	79
19	83
20	87
21	91
22	95

23	99
24	103
25	107
26	113
27	119
TERCERA PARTE	121
28	123
29	127
30	131
31	135
32	139
33	143
34	147
35	151
36	153
37	157
38	161
39	165
40	169
41	173
AGRADECIMIENTOS.....	177

PRIMERA PARTE



1

Los destellos de luz que provienen del pasillo se clavan en lo más profundo de la cabeza, así que vuelvo a cerrar los ojos para estar en calma. La oscuridad se convierte en un alivio, pero la incertidumbre sobre el lugar en el que estoy provoca la tentación de volverlos a abrir. «Espera un poco, Raúl», me digo. Pero mis párpados, impacientes, vuelven a ascender hasta que un nuevo destello hace que reculen lo más rápido posible. La tercera vez consigo mantenerlos abiertos y, con la visión borrosa, descubro que estoy en una habitación que creo haber visto antes, varias veces. No es la primera vez que me despierto desorientado. Miro al techo y me parece inalcanzable, bueno, igual que todo lo que esté fuera de esta cama. Tengo la garganta muy seca, me pica, y eso hace que tosa para tratar de aliviarlo. Me arrepiento en cuanto noto que ese simple gesto ha hecho que me duela todo el cuerpo y siento que todas sus partes, las mías, están desordenadas. Giro mi cabeza buscando a la señora que había ayer en la cama de al lado, sigue ahí, mirando en dirección a la ventana. Debe de tener entre sesenta y setenta años, aunque soy fatal para las edades. Su pelo forma una melena corta de color castaño muy claro, rozando el rubio, y está bastante bien peinada teniendo en cuenta las circunstancias. Por la proporción de cama que le sobra, diría que no es muy alta y tampoco parece corpulenta.

Está anocheciendo e imagino que aprovecha los últimos

rayos de sol para disfrutar de las vistas. Desde mi cama es más difícil ver el exterior y, por todo lo que llevo puesto para inmovilizar mis extremidades, creo que tardaré un tiempo en poder acercarme. No sé qué hora es ni mucho menos el día en el que estamos. La habitación está casi a oscuras cuando la mujer se gira hacia mí y me mira. Entonces, para que no crea que la estaba observando, me hago el dormido. Qué absurdo. Como si tuviéramos algo más que hacer o que ocultar aquí, indefensos, inmóviles. O como si fuera el momento para juicios. Así que vuelvo a buscar el contacto visual con ella y la veo de nuevo observando a través del cristal y haciendo algún tipo de juego con los dedos. A ella no parece inquietarle este lugar o que, desde hace ya unas horas, un extraño le acompañe en la habitación. Tampoco parece alterarle este silencio que yo me siento casi en la obligación de interrumpir. Aunque no sabría cómo. Por suerte ese es, ahora que recuerdo, un debate innecesario: no puedo hablar. Los médicos me lo explicaron durante los últimos días en la UCI. Al parecer, hubo una complicación tras salir del quirófano y tuve que estar con un tubo en la garganta durante semanas. Ahora es solo otra herida más que cicatrizar. Intuyo que va a ser la más difícil de sobrellevar, aunque jamás lo habría imaginado. Estoy seguro de que siempre habría preferido perder el habla antes que la movilidad, y ahora empiezo a tener dudas. Vuelvo a centrar mis sentidos disponibles en la habitación y todo lo que se escucha aquí es el ruido de las sábanas cuando alguno de los dos se mueve. Ella ha cerrado los ojos, aunque estoy casi seguro de que no está dormida. No la he visto hacerlo en ningún momento. Tampoco parece preocuparle nada, me pregunto si será tranquilidad o indiferencia. Si será a causa de un problema ya casi resuelto o, tal vez, de uno que no tiene solución. Lo que tengo claro es que nuestra situación no es parecida. Yo pensaba que aquí te ubicaban por *temáticas* y que, si me ocurría algo así, podría hablar con alguien sobre en

qué posición está mejor su brazo roto o en qué piensa para distraerse cuando le pica. Sin embargo, hay ocasiones en las que parece que la urgencia y la necesidad pasan por encima del protocolo. Por ahora, ella y yo lo único que tenemos en común es que parece que ambos estamos mudos.

Entra una enfermera que me observa por primera vez, como quien descubre cambios en una habitación que conocía al detalle. Dice un «hola» casi inaudible y se dirige a la cama de mi compañera.

—¿Qué tal, Ángela? —le pregunta mientras cambia los goteros.

Ella no responde, pero asiente, como dando a entender que dentro de lo que cabe, está. No es mucha información, pero al menos he descubierto su nombre.

—¿Has dormido esta noche un poco, al menos? —coloca la sábana que se le había movido en la zona de los pies, volviéndola a introducir por debajo del colchón.

Le responde que no, volviendo a mover la cabeza, esta vez de un lado a otro. La enfermera aprieta los labios y posa sus manos sobre las caderas, como quien se prepara para advertir a un niño de lo que debe hacer.

—Si sigues sin poder hacerlo tendremos que volver a darte medicación por las noches. —La mujer niega—. El médico dijo que te iría bien descansar. —Su voz suena más preocupada que amenazante y la mirada que comparten muestra la complicidad entre ambas.

Me pregunto cuánto tiempo llevará Ángela aquí.

La enfermera recoge los goteros vacíos y le acaricia la mano, despidiéndose. Ella le devuelve la caricia en forma de sonrisa y se muestra agradecida. Eso sí, ni una palabra.

Se dirige hacia mí y me pregunta que cómo estoy, le respondo balanceando la mano, con un gesto de *regular*. Le señalo la pierna izquierda para indicarle que tengo dolor. Por

suerte me entiende, y me dice que ahora me pondrá otro calmante. Me ayuda a moverme para cambiar de posición y algunas partes de mi cuerpo sienten un gran alivio al tener la oportunidad de recuperar su forma original, mientras que otras se apoyan sobre el colchón sabiendo que ese va a ser su castigo durante las próximas horas. Se presenta y me dice que se llama Julia, aunque ya me había fijado en la tarjeta que cuelga del bolsillo superior.

—Seré vuestra enfermera gran parte del tiempo, Ángela ya me conoce. —Le guiña un ojo—. No dudéis en llamarme si necesitáis cualquier cosa —añade mientras acaba de anotar datos en mi informe y un mechón, rubio y liso, se le escapa de la coleta tapándole los ojos. Lo aparta con un solo dedo, con la misma delicadeza con la que ha hecho todo lo demás.

Antes de marcharse me acerca el vaso con cañita por si me entra sed y me deja cerca de la mano izquierda —la que no tengo escayolada— el móvil. Intento agradecersele con un gesto similar al de mi compañera, aunque se queda en una mueca. Las heridas que tengo en la cara no son compatibles con ser expresivo. Intento dormir, ya que es la única manera en la que mi mente descansa. Hasta ahora, siempre he visto a Ángela despierta y, por lo que he oído, le cuesta conciliar el sueño. Mira hacia el techo y respira tranquila, y veo cómo parece no poder con el peso de sus párpados, aunque nunca acaba de cerrarlos. En un rato descubro que vigilar su insomnio es ahora la causa del mío.

2

El amanecer del siguiente día en la habitación no tiene nada que ver con los anteriores. Tras despertar después de un corto sueño, sé perfectamente dónde estoy, aunque eso no sea un consuelo. Siento que he descansado y eso hace que mi cabeza se active, aunque sea la única parte de mí que por ahora pueda hacerlo. Daría cualquier cosa por estirarme. Veo a Ángela con un libro y un bolígrafo en la mano, y se ha puesto unas gafas. Vuelvo a preguntarme si no descansa. Me mira, sonríe, y hace un gesto con la cabeza de arriba abajo antes de volver a concentrarse en la tarea. Es la primera vez que interactúa conmigo. Descubro, gracias a la portada, que es una sopa de letras. Nunca habría dicho que a Ángela le importaran las palabras. Como puedo, con el brazo izquierdo cojo el móvil y veo un mensaje de María, dice que va a venir a visitarme en un rato. Recibir un mensaje aquí hace que tu día cambie por completo. Nunca había estado más de un día hospitalizado, pero imagino que solo se puede sobrevivir a esto gracias a las visitas, aunque las tengamos restringidas a dos horas al día. Ángela no parece estar atenta a su teléfono ni da la impresión de que espere a nadie. Yo, en cambio, desde que sé que María va a venir, los minutos pasan muy lentos. He encendido el televisor tres veces y todo me aburre, he contado los pliegues que tiene el estor que cubre la ventana, he repasado la alineación del Barça en la final de la Champions del 2006 y he deseado con

todas mis fuerzas tener una sopa de letras. Nunca me han gustado y además tendría muchas dificultades para sujetar el bolígrafo, pero los mejores deseos son los que no se basan en nada.

Justo a media tarde, cuando lo único que me queda para entretenerme es ver avanzar al segundero del reloj, aparece María.

—¡Raúl! ¿Cómo estás? Qué ganas tenía de verte —lo dice y calla, dejando paso a una sonrisa que se queda a medias al ver mi estado, pero que es lo suficientemente amplia como para recordarme lo blancos que son sus dientes y dejar entrever ese que tiene un poco torcido. El que la hace inconfundible.

Se acerca y me da un beso. Levanta la vista y saluda a Ángela. Ella le devuelve su ya famoso movimiento de cabeza.

—Te he traído alguno de los libros que tienes por casa. Creo que estos aún no los has leído. —Me los acerca, y veo que falla en dos de tres, pero no se lo digo.

«Yo quería una sopa de letras», pienso. Me doy cuenta de que hasta hoy no había sido prácticamente necesario hablar, y es ahora cuando siento la impotencia de no poder hacerlo. Me coge de la mano y se la aprieta suavemente y esa se convierte en una de las pocas formas que tengo de responder.

—Aprieta dos veces si tú también te alegras de verme. —Lo hago, y esta vez sus labios se expanden por completo, con la tranquilidad de una respuesta que, en realidad, ya conocía. De esa forma establecemos una comunicación en la que ella puede hacerme algunas preguntas de sí o no sobre el dolor, el miedo y el accidente.

Sobre el dolor trato de ser suave, los primeros días están siendo duros, pero cuando María me pregunta contesto que sí, que duele, pero que sí también sobre si son efectivos los calmantes. Sobre el miedo, contesto que no, y trato de mostrar tranquilidad. Recuerdo pocos momentos del accidente,

pero uno de ellos es el eterno y a la vez muy breve instante en el que vi que el coche venía hacia mí, fue el tiempo suficiente para sentir el mayor miedo que había tenido jamás, pero no el suficiente para esquivarlo o escapar. Ahora eso pasó y el único temor que me angustia en las horas que paso aquí es el de alguna secuela que pueda quedar o el de no saber sobrellevar los días que me esperan encerrado, inmóvil. Sobre el accidente no consigo contestar a la mayoría de las preguntas, porque no recuerdo apenas nada. De lo único que estoy seguro es de que fui el máximo culpable y me reservo esa información para cuando pueda hablarle de ello.

Llega un momento en el que empiezo a ponerme cada vez más nervioso y veo a María muy pálida, ella no soporta estar en hospitales, es muy aprensiva y sé perfectamente lo que le supone verme así. Además, el hecho de haber estado respondiendo preguntas de esa forma me hace sentir agotado. Los dos nos damos cuenta de que es mejor que la visita acabe, aunque es ella quien da el paso.

—Tengo muchas cosas que hacer hoy y no te quiero cansar, si quieres puedo volver mañana otro rato. ¿Vale? —
Suen a excusa.

Le aprieto dos veces de nuevo y acepto. Vuelve a besarme, se despide de Ángela y se va. Noto alivio, y malestar por sentir alivio, y desesperación por volver a estar dando vueltas de arriba abajo en esta pequeña habitación, aunque solo sea con la mirada.

La visita me deja exhausto, pero no puedo dormir. Observo a Ángela, que abre el cajón de su mesita buscando algo. Saca un peine y empieza a deslizarlo por su corta melena. Vuelve a guardarlo y acaba de colocarse los últimos mechones con la mano. Me fijo en sus dedos, son finos y desaparecen entre sus cabellos una y otra vez, mientras acaricia su cabeza. Me doy cuenta de que observarla durante esos segundos me ha relajado. Es agradable ver que alguien que está en tu misma situación actúa con esa calma, porque

te hace sentir que no hay nada de lo que preocuparse. Ángela no recibe ninguna visita y, sin embargo, siempre tiene el pelo arreglado. Su piel se ve suave y cuidada, y me he fijado en el hoyuelo que le sale en el lado derecho de su mejilla cuando sonrío. A veces se me queda mirando, como si fuera a decirme algo. Otras, me detengo a observarla yo. Es curioso cómo siendo dos extraños hemos llegado a normalizar esas miradas hasta el punto en el que no solo no nos incomodan, sino que además resultan agradables. Al menos para mí.

Empieza a oscurecer y ninguno de los dos parece echar en falta la luz, así que la dejamos apagada. Ella se pone a mirar por la ventana y un poco más tarde su pulgar va tocando al resto de dedos de la mano. Yo, con menos recursos para entretenerme que ella, me acomodo en la almohada buscando una posición con la que tentar al sueño. Un rato después, la miro y me sorprendo cuando el sonido de su respiración y la posición de su cuerpo me confirman que es ella la que se ha dormido. Cojo aire, muy fuerte, y mis pulmones se llenan como no lo habían hecho durante estos días. Noto cómo esa bocanada entra y me recorre el cuerpo con una sensación de calma y alivio que acaba por conseguir que se cierren, por fin, mis ojos.

3

En medio de la noche escucho la voz de Ángela por primera vez, aunque no sea de manera intencionada. «Tienen que hacer algo, tienen que hacer algo», repite, mientras su cabeza oscila de un lado a otro de la almohada. «Tienen que hacer algo, es muy joven», insiste. Después, un grito que se acaba convirtiendo en llanto la despierta. Me mira y rápidamente aparta sus ojos, avergonzada. Trata de disimular, pero ella también se da cuenta de que la vergüenza es algo absurdo en nuestras condiciones.

—Siento si te he despertado, Raúl.

Es difícil de entender, pero, en estos momentos, que una extraña pronuncie mi nombre es casi una caricia. Me gustaría decirle que no pasa nada, que no estaba dormido, que espero que esté bien y que fuera solo una pesadilla. Empiezo a verme como un objeto más de esta habitación. Lo siento por ella, es todo lo que puedo ofrecerle.

—Tú me ayudas a dormir y yo te doy la lata por la noche —añade—, llevaba muchas noches sin hacerlo antes de que llegaras.

Creo que Ángela, desde sus sueños, me ha mostrado una parte íntima e importante de ella, y que siente la necesidad de explicarse, o tal vez de aliviarse con alguien. Quizás mis silencios le hayan ayudado a empezar a hacerlo.

Antes del accidente, lo único que me preocupaba era acabar un proyecto del que mi padre se sintiera orgulloso.

Desde pequeño me decían lo bien que dibujaba, que aquellos trazos tan limpios, tan claros, podrían convertirme en un buen ingeniero. Pero en realidad, no era más que un niño en el que proyectaban la carrera frustrada de su padre. Él me recordaba con frecuencia que no había podido estudiar y que su desgaste físico como albañil, las horas extras y la escasez económica eran a causa de no haberlo hecho. Me dijo que si hacía la carrera tal vez podría entrar en su empresa, en un cargo al que a él le hubiera gustado poder optar. Llevaba años trabajando allí y tenía muy buena relación con el jefe. En el instituto confirmé que se me daba muy bien el dibujo técnico y yo mismo me convencí de que eran todo ventajas.

Puede ser que, ahora, estas escayolas intenten decirme que tener ventaja es otra cosa. Que moverme, andar, poder pronunciarme y dar mi opinión era mucho más poderoso que tener un trabajo asegurado. Recuerdo que el día del accidente María y yo habíamos discutido porque ella creía que aquel último proyecto era lo único que me preocupaba a unos meses de casarnos. Creo que tenía razón en que la boda no era mi prioridad, pero me pregunto si realmente lo era aquel proyecto. Hoy, que una mujer a la que apenas conozco haya descansado gracias a mí, es una gran noticia. Y me hace sentir bien.

—Los primeros días son los peores. —El monólogo de Ángela continúa y me hace salir de mis pensamientos—. Pero después, a medida que te vayas sintiendo mejor, los ratos se te harán más cortos y cuando te des cuenta estarás ahí afuera. —Señala por la ventana—. En mi caso es diferente, chico. —Me pilla tragando saliva—. Pero no te preocupes, a ver si con suerte veo terminado ese edificio que están construyendo, pero desde aquí, claro. Es bastante alto y parece que tendrá muchas ventanas.

«¿Y qué pasa con las ventanas?», pienso. Ángela tiene algo que me hace querer saber más cosas de ella. Ha estado

hablando y, aunque me hubiera gustado poder conversar con ella, me he sentido bien simplemente escuchándola. La habitación me ha parecido muy diferente durante unos instantes.

—Bueno, te dejo, que querrás descansar. Estos días no te he hablado porque no quiero ponerte nervioso si tú no puedes hacerlo.

Niego rápidamente con la cabeza, para que entienda que quiero que lo haga. Siento la impotencia de no poder contestar con claridad.

—¿Prefieres que hable? —Asiento.

—Vale, mañana buscaremos algún tema del que hablar. Buenas noches.

«Buenas noches, Ángela. Gracias, muchas gracias».



4

Estoy parado en un semáforo, tengo mucho calor. Noto mi pelo mojado dentro del casco y las gotas de sudor caen por mi cara. Todo mi cuerpo arde y no dejo de preguntarme por qué me he abrigado tanto. Cuando la luz verde se enciende salgo deprisa, girando hasta el tope la muñeca para acelerar esperando que, una vez en marcha, el viento pueda refrescarme. Siento la humedad en las manos y me es difícil sujetarme al manillar con fuerza. Me miro la palma y la seco frotándola con el pantalón. En el reloj marca que son menos cinco y me faltan unos quince minutos para llegar. Voy tarde. «Como siempre», me acuso. «Tienes que bajar el ritmo, así no se puede ir a los sitios», me riño, también. Busco alguna excusa para mi retraso e intuyo que el semáforo va a cambiar de color. Así que levanto el pie del suelo y empiezo a acelerar. Acelero sin comprobar el color de la luz. La prisa. La prisa es lo que importa. En medio del cruce levanto la vista al escuchar un coche que acaba cruzándose en mi camino y luego todo da vueltas. Mis manos quedan libres, sujetas a nada, y sé que en cualquier momento voy a sentir un impacto contra el suelo. Intento encogerme, protegerme, pero no hay tiempo, y caigo, rodando unos metros más hasta detenerme. Me duele todo el cuerpo y otro coche viene a toda prisa hacia mí, no tengo fuerzas para moverme, chillar o esquivarlo. Justo cuando va a pasarme por encima me despierto dando un salto sobre la cama. Me tranquilizo

al saber que nada es real —algunas cosas sí lo fueron—, aunque sí que estoy sudando y el dolor es tan intenso como el de la pesadilla.

Miro la bolsa con el calmante que, gota a gota, hará que vuelva a sentirme mejor. Trato de adivinar cuántas serán necesarias para notar alivio y después empiezo a contarlas, aunque nunca termino. Ahora entiendo los juegos de Ángela y que hacer que el tiempo sea más llevadero aquí tiene mucho que ver con la imaginación. Hay veces en las que el dolor recorre todo mi cuerpo debido a la cantidad de heridas y fracturas. Se difunde y es imposible localizarlo. El peor dolor es el que no se ubica, el que no sabes de dónde viene y hace que tampoco puedas concentrarte en él. Es el único con el que no podrías aplicar el refrán «un mal quita otro mal», porque el mal es todo, y eso es horrible. El sudor resbala por mi frente y no tengo forma de impedir que siga cayendo hacia los lados. El sillón en el que hace un rato estaba sentada mi madre ahora está vacío. Debí de marcharse cuando me quedé dormido. Alguien entra en la habitación y pienso que es María, pero acaba convirtiéndose en Julia. No se parecen en nada, pero por mucho que parpadeo no logro aclarar la vista, que sigue borrosa. María tiene el pelo muy oscuro, casi negro, a juego con sus ojos, que además son grandes y tienen unas pestañas muy largas con las que a veces me hacía cosquillas aposta al besarnos. Ese recuerdo es capaz de calmar mis males por un instante. Julia es rubia, sus ojos son de un azul intenso, tanto, que es el primer recuerdo a color que tengo de mi despertar aquí, cuando todo me parecía en blanco y negro. Tampoco se parecen en el olor y eso, pese a no ver bien, me confirma que es Julia y no María quien me seca la frente, me ayuda a colocarme en la cama y me cambia la bata húmeda para que pueda estar más cómodo. Me sorprende la facilidad con la que me cambia de ropa y su mirada indiferente a un cuerpo lleno de heridas. Lucha con las sábanas, tira de mí para poder pasar la bata

por detrás de la espalda y mueve mis extremidades enyesadas buscando la mejor posición. Cuando acaba suspira y sé que ese esfuerzo lo ha hecho solo por mi bien y, además, se le ve satisfecha cuando revisa la cama por completo y asiente, sonriendo. Y me mira con esos ojos que son un mar sin olas y dan mucha tranquilidad, y no sé cómo agradecersele, aunque ella no parece darle importancia, es su trabajo, el que ha elegido y, para fortuna de sus enfermos, el que se empeña en hacer muy bien.

—Intenta descansar, Raúl. —Desliza la mano por mi brazo y me fijo en lo blanca que es su piel, lo finas y pequeñas que son sus manos y el anillo dorado que lleva en uno de los dedos. Su voz suena lejos, pero mueve la sábana y la deja a un lado para que no tenga calor, así que sé que aún está cerca.

Las gotas del calmante siguen cayendo y, como si pudiera oír el sonido de cada una de ellas al caer, acaban resonando en mi cabeza una y otra vez, como una melodía pegadiza que hace que me quede dormido.